Caligrafia de adorno. . . . . .

Cifras y enlace de letras . . . .

Retrato del autor y dedicatoria á

publicacion de esta obra se aumenta

dirigirán al Comisionado por el Edito

PUNTOS

Cuesta, calle Mayor, y en la habitacio

EL DUQUE DE VISEO.

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS

POR

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Eduardo, Duque de Viseo. *Sr. Vicente García.*

Enrique, su hermano. *Señor Rafael Perez.*

Violante, con el nombre de Matilde: hija de Eduardo. *Señora Maria García.*

El Conde de Oren. *Señor Bernardo Gil.*

Atayde, Alcayde del Castillo. *Señor Tomás Lopez.*

Asán, esclavo negro. *Señor Juan Carretero.*

Aly, esclavo negro. *Señor Agustin Roldan.*

GUARDIAS DE ENRIQUE.

SOLDADOS DE OREN.

La accion sucede en Portugal en una fortaleza del Duque de Viseo. La escena representa un salon magnífico en los dos actos primeros: en el tercero un subterráneo con varios ramales de bóvedas.

ADVERTENCIA.

El asunto de esta Tragedia está sacado de un Drama Inglés titulado *el Espectro del Castillo.*, escrito por Mr. G. Lewis, y representado en Lóndres con un aplauso extraordinario. Los nombres de los personages, el pais y la época de la accion son diversos; pero los supuestos en que se funda la fábula, los caracterés mas distinguidos, y algunos trozos son enteramente los mismos en la obra Inglesa que en la Española.

Esta conformidad, sin embargo, no bastaba para completar una Tragedia: los que deseen averiguar hasta qué punto se ha separado de su modelo el Autor del Duque de Viseo, pueden consultar el núm. 61. de la Biblioteca Británica, donde se halla un juicioso y extenso análisis de aquel Drama. Allí verán que en él igualmente, que en la Tragedia se trata de pintar las agonías de un malvado, que ardiendo en una pasion incestuosa, por la muger de su hermano, y ha-

biendo asesinado á los dos; sus remordimientos le sitian en todas partes, y la imágen de sus delitos le martiriza hasta en sueños. Enamorado despues de una hija de las dos víctimas, la llama á su castillo, la quiere primero seducir con la ostentacion de sus riquezas, y al fin atropellar con la violencia. Ella despues de haber encontrado á su padre, á quien un criado del opresor habia salvado la vida, es libertada por su amante que acude con su gente á socorrerla, y derriba el poder del tirano.

Pero hallarán al mismo tiempo, que con unos mismos elementos la composicion dramática es diversa. El público de Lóndres acostumbrado á las mayores extravagancias en las obras sublímes y desatinadas del extraordinario Shakespeare; ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él la mezcla absurda de las bellezas mas trágicas y teatrales con las bufonadas mas groseras; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles; y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna: este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga, que el

Espectro del Castillo es un drama lírico-tragi-cómico con algunas puntas de farsa.

Era, pues, forzoso abandonarlas tratando de hacer una obra regular: y por lo mismo dar otra marcha, á la accion ponerla en movimiento por otros medios; y alterar algunos caracterés que ó no estan bastante bien desenvueltos en la obra inglesa, ó no se presentan con la nobleza y dignidad correspondiente.

Pero si en mi concepto la razon y el buen gusto exîgian estas mudanzas, no por eso creo mi obra superior al exemplar que he tenido delante para hacerla: la energía y novedad que ha sabido dar Lewis á los dos personages de Osmundo y Asán, y el sublíme horror con que está pintado el sueño son bellezas admirables dignas de un talento superior; y yo me creería bastante pagado de mi trabajo si ellas no desmereciesen en él.

Para que nadie me atribuya aciertos que no son mios, ni impute al Escritor Inglés trivialidades que solo serán hijas de mi incapacidad ó inexperiencia, he traducido literalmente y reunido en un apéndice despues de la tragedia todos los rasgos y trozos que exâc-

tamente he sacado del drama; y así los lectores podrán juzgar con todo conocimiento de mis imitaciones.

En quanto al mérito absoluto de la tragedia, considerada en sí misma, y sin relacion á su modelo, el público solo es á quien toca juzgar de él. El conocimiento que su autor tiene de la grande dificultad del arte; la circunstancia de ser el primer paso que da en él, y la poca aficion que hay comunmente en España al género trágico, por causas de que sería importuno hablar ahora; pero que todas contribuyen á hacer mas escabroso este camino, podrían tal vez ser motivos de que el Duque de Viseo hallase indulgencia en la crítica, si la crítica pudiese tener indulgencia. Y esto se entiende en el caso de que la obra por algun aspecto sea acreedora á la atencion pública; porque de lo contrario, todas estas consideraciones y plegarias, segun la graciosa expresion de un Escritor, no son otra cosa que *oraciones de difuntos, las quales no los resucitan.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Enrique y Atayde.

Enrique estará sentado con ademan pensativo é impaciente. Atayde en pie algo separado de él.

Enriq ¡Ó quánto á mi impaciencia el tiempo tarda!
Asán no vuelve, y el cruel destino,
que siempre me siguió, tambien ahora
convierte en humo los intentos mios.
Observándole.
Atay. ¡Quán otro está! su atormentado pecho
de rabia á un tiempo y de dolor roido,
ántes sin descansar se consumía
respirando el horror de sus delitos.
Mas ya en su frente la esperanza rie:
y qual si hubiera á su tormento alivio
suspende algun momento los furores,
y su dureza atroz pone en olvido.
¿Cómo asi pudo consolarse?
Alzando la cabeza y viendo á Atayde.
Enriq. ¿Atayde?

Atay. ¿Señor?
Enriq. ¿No ha vuelto Asán?
Atay. Aun del castillo
ausente está, desde que fué á la aldea
de vuestra guardia militar seguido.
Enriq. ¡Ó cómo tarda!
Atay. En tanto obedeciendo
vuestro mandato yo, vengo á pediros
las órdenes, señor, que habeis de darme.
Enriq. Ya las sabrás: mas ántes es preciso
saber yo, si amigable confianza
de tí hacer debo en los designios mios.
Desde la execucion de mis furores,
en que tú fuisteis á la par conmigo,
todo á mí te habia unido; y desde entónces
con triste ceño y ademan esquivo
siempre te hallé... Pero dudar no quiero
de que fiel me has de ser, si fiel me has sido.
Dí, Atayde; si en tu mano consistiera
derramar el balsámico rocío
de la tranquilidad sobre las penas
que en este triste corazon abrigo:
¿no fueras tú el primero á consolarme?
¿no hallára en tí mi agitacion su alivio?
Atay. No lo dudeis, señor: ¡es tan enorme
la carga que tras sí dexa el delito!

Yo á sostenerla en su rigor no basto;
¡y ó quántas veces la fortuna envidio
de aquellos, que al furor de nuestros brazos
lanzáron tristes el postrer suspiro!
¿Qué no dierais, decid, porque á la vida
volver pudiese del sepulcro frio
el mismo Eduardo?

Enriq. Calla, Atayde:
y no mientes jamas á mis oidos
el nombre aborrecible de ese hermano,
que con nuevo rencor siempre maldigo.
¿Ves esta agitacion abrasadora,
este remordimiento y cruel martirio,
que desde el punto de su infausta muerte,
sin poderlos calmar, traigo conmigo?
Pues no son tan funestos á mi pecho,
como la gloria, la fortuna, el brillo,
que siempre coronaban á Eduardo
para eterno baldon y oprobio mio.
Yazca por siempre en la espantosa tumba
donde por mí precipitado ha sido,
y no perturbe su memoria infausta
el bello instante en que á mi bien camino.
Sí, Atayde: aquel amor que pudo un dia
arrastrarme al horror del parricidio;
ahora me tiende su amigable mano,

y va á sacarme de tan ciego abismo.

Atay. ¡El amor! perdonad: yo imaginaba,
que eternamente en vuestro pecho escrito
el nombre de Teodora viviría
vencedor de los tiempos y el olvido.
Su amor por Eduardo, su himenéo
á vuestro negro afan diéron principio,
y á los atroces zelos, que afiláron
para su muerte el vengador cuchillo.
Muriéron: desde entónces vuestros dias
de amargura y de horror fuéron vestidos,
y pronunciar el nombre de Teodora
se os oye siempre en doloroso grito.

Enriq. ¡Ah! Yo adoro á Teodora mas que nunca:
¿olvidarla? jamas. Pero el destino
vida la vuelve á dar, y ella renace
á redoblar mi incendio. ¿Tú no has visto
á la hermosa Matilde, única hija
del anciano Pereyra? El cielo quiso
que otra Teodora respirase en ella,
para hermoso placer de mis sentidos.
La misma magestad brilla en su frente:
la misma gentileza y noble brio;
suyas son sus bellísimas facciones,
suyo en los ojos el ador divino.

Atay. ¡Ah! ¿qué vana ilusion os arrebata?
Volved en vos, señor: ese prestigio
va á emponzoñar vuestra incurable llaga.
Enriq. No es ilusion, Atayde. Por mí mismo
muerte me viste dar á la que amaba:
y agitado sin fin, y consumido
en imposible abrasador deseo;
¿qué tormento jamas se igualó al mio?
Desde el momento aquel, beldad ninguna
mis ojos aduló con su atractivo,
ni voz alguna en agradables ecos
resonó dulcemente en mis oídos.
La rabia solo de mi inútil crímen
halló en mi pecho su funesto abrigo,
hasta que ví á Matilde... ¡ó cómo al
verla
mi corazon pasmado, estremecido
sintió delante á la infeliz Teodora,
y embravecerse su tormento antiguo!
Volvíla á contemplar, y ardí furioso,
qual por Teodora ardí. Tal fué el asilo
que halló mi agitacion en sus pesares.
No ya tras una sombra, un bien perdido,
se exhalarán mis áridos deseos;
la copa del amor al labio mio
se acerca, y yo la apuro, y venturoso

en Matilde á Teodora al fin consigo.
Atay. Ella no os puede amar.
Enriq. ¿No puede amarme?
¿Siendo vasalla mia, al incentivo
de mi amor y poder resistiría?
Atay. No lo dudeis.
Enriq. ¿Qué importa? hácia este sitio
ya la arrebata Asán, y será mia
de grado ó fuerza.
Atay. ¿Y el hogar tranquilo
así allanais, y la virtud dichosa
de un venerable anciano desvalido?
¿Quién jamas halló paz en la violencia,
ni la tranquilidad en los delitos?
Volved en vos, señor.
Enriq. No á aconsejarme
te he llamado yo aquí. Ya decidido
todo está, y sin retorno, Atayde, al punto
que el pie siente Matilde en el castillo,
tú á Pereyra has de ver... Mas ella llega.

ESCENA II.

Dichos, y Matilde conducida por Asán y Aly: los dos negros se quedan en pie á la puerta. Ella se arroja á los pies de Enrique.

Mat. ¿Sereis sordo, señor, á los gemidos
de una vasalla vuestra, que arrastrada
por esos monstruos con violencia ha sido
á vuestros pies? Haced que caiga en ellos
de vuestra justa cólera el castigo;
que á vos imputan su fatal dureza:
á vos, señor. ¿Qué ofensa, qué delito
pude yo cometer, para tratarme
con tal barbaridad?

Enriq. De un enemigo
no viniste al poder, serena el pecho:
tú no eres criminal, el labio mio
va á decidir al punto tu fortuna.

Mat. Volvedme, pues, á mi inocente asilo,
y á mi padre infeliz: ¡Dios! su amargura,
al hallarse sin mí, ¡quál habrá sido!...
¡No castigais, señor!... ¡Ah! libertadme
de esos verdugos bárbaros é impíos...
Su vista me atormenta... ¡Los crueles!

¡Con qué ferocidad, qué empedernidos
mi segura inocencia atropelláron!
Sentada yo de mi paterno abrigo
á la sombra apacible, en mil halagos
mi tierno corazon embebecido;
pensaba qual ayer ser hoy dichosa,
y al cielo bendecir por mi destino.
¡Esperanza engañosa! Ellos se acercan,
los soldados me ciñen, al ruido
del pavoroso acero caigo yerta,
y hácia este alcázar arrastrar me miro.
¿Qué me han servido, ¡ay Dios! contra su furia
mi afanoso llorar y mis suspiros?
¡bárbaros! ¡son de hierro!

Á Asán, Aly y Atayde.

Enriq. Retiraos.

Mirando al salir á Matilde.

Atay. ¡Desdichada!

ESCENA III.

Enrique se acerca á Matilde, y cogiéndola de la mano la lleva á sentar junto á sí: ella se estremece.

Enriq. No tiembles: tu afligido

pecho alentarse en la esperanza debe
del alto bien que te guardó el destino.
Calma esa agitacion que te estremece:
tú no estás en poder de un enemigo,
de un irritado juez que te persigue.
Este golpe terrible, este conflicto
que lloras como un mal, va á levantarte
del cieno miserable en que has nacido,
á la cumbre mayor de la fortuna.
Mat. Yo, señor, no la busco.
Enriq. En ese indigno
estado en que te ves, de tu hermosura
se mira el esplendor oscurecido.
¿Tan baxa suerte contentarte puede?
Mat. ¿Contenta no estaré de mil sencillos,
inocentes placeres rodeada,
bendicida, adorada de los mios?
¿Puede haber mayor suerte?
Enriq. Es tal, ¡que nunca *Aparte.*
podré tenerla yo!... ¿Pero este brillo
de gloria y magestad, tú no le envidias?
Mat. Yo lo que no conozco nunca envidio.
Enriq. Tú lo conocerás. El mas excelso
señor de Portugal, que aun al Rey mismo
quizá se iguala, tu belleza adora,
y rinde á tus encantos su alvedrío.

Tus labios hablarán, y mil esclavos
adorarán tu gusto y tus caprichos:
tu estancia harán los mármoles y el oro,
la pompa del oriente tu atavío...
¿No respondes, Matilde?

Mat. ¡Ah! ¿qué me importan
tanta vana opulencia y poderío?
El oro que á mi vista centellea,
no es tan preciado en su esplendor ni rico,
como el olor de las hermosas flores,
que para adorno del alvergue mio
en guirnaldas bellísimas texidas
me lleva mi Fernando de contino.

Enriq. ¡Desdichada! ¡ó furor! ¿Dime, Fernando
quién es?

Mat. ¿En qué señor os ha ofendido,
para que solo de escuchar su nombre,
tan tristemente os irriteis conmigo?

Enriq. ¿Quién es?

Mat. Nacido como yo de un padre
al campo consagrado y su cultivo:
Fernando es un soldado valeroso,
que del Conde de Oren está al servicio.
Con él ya fué á la guerra, y con él vive
en el fuerte cercano á este castillo.

Enriq. ¿Le amas tú?
Mat. ¡Si le amo! Preguntadlo
á aqueste corazon, en donde al vivo
arde su imágen retratada en fuego.
Enriq. ¿Y con esa inocencia á descubrirlo
te atreves, infeliz? ¿sabes qué dices?
Mat. ¿Es el amar, señor, algun delito?
Enr. Lo es amar á Fernando. Ya no ignoras
la gloria que te espera, si al olvido
das á ese miserable y sus amores.
Mat. ¿Olvidar yo su amor? No: mi cariño
no es viento que se vuelve á la fortuna.
Pobre es Fernando, sí: ¡pero tan rico
de valor y virtud!
Enriq. Tú te envileces.
Mat. Mi atroz perfidia, mi perjuro olvido
solos á envilecerme bastarian;
mi fé no: la palabra que ayer mismo
le dí de ser eternamente suya,
el cielo la escucho, que fué testigo
de quanto prometí, y el cielo sabe
como mi corazon juró cumplirlo.
Enr. Calla, infeliz, que mi paciencia apuras:
calla.
Mat. ¡O cómo me mira! de este sitio
permitid que... *Levantándose.*

Deteniéndola.

Enriq. Detente: yo te amo,
¿lo sabes?
Mat. ¡Vos, señor!
Enriq. El pecho mio
es un volcan de fuego que me ahoga,
si extinguirle en tus brazos no consigo...
No intentes escaparte... Tú no puedes.
Escúchame: mi mano, el poderío
con que me ves lucir, todo es ya tuyo...,
Mas si aun así menospreciar me miro,
me dará la violencia.
Mat. ¡La violencia!
No: ¡semejante oprobio es tan indigno
de vos!
Enriq. Piénsalo bien: piensa, Matilde,
que estás en mi poder.
Mat. Sí... Y eso mismo
es lo que me defiende. Si sois noble,
si escuchais al honor, vos compasivo,
me daréis contra vos seguro amparo.
Ya arrodillada á vuestros pies le pido,
Se echa á sus pies.
y en mi llanto bañándolos, imploro
la piedad que se debe al desvalido.
No me hagais infeliz.

Enriq. De su inocencia *Aparte.*
mi furor se desarma al atractivo...
Mira, Matilde, á disculparte ahora
baste tu agitacion: pero es preciso
resolverte en el término de un dia.
En tanto como Reyna en mi castillo
tratada y respetada, á la grandeza
irás acostumbrando tus sentidos.
Tú su amable dulzura aun no conoces:
Pruébala, y la amarás. No hay mas partido
para tí al contemplar que eres vasalla,
que yo soy tu señor, y á tí me rindo.
Vase.

ESCENA IV.

Matilde sola.

Mat. ¿Infeliz, dónde estoy? ¿Quién me ha traído
al miserable trance en que me veo,
á las garras de un tigre abandonada,
sin poderme valer?... ¡ó Dios eterno!
Si de la gloria de tu excelso trono
el llanto ves que de mis ojos vierto;

sé compasivo á mi infeliz plegaria,
y sé mi escudo en tan terrible riesgo:
tú puedes solo... Entre mi humilde suerte,
y el señor soberano de Viseo,
¿qué hay de comun?... Y el bárbaro en su furia
dice que arde en amor su injusto pecho:
¿oprimir es amar?... Fernando mio,
¿dónde estás, que no escuchas mis lamentos?
¿Dónde estás? ven, rescata á tu Matilde
de tan inesperado cautiverio.
Ven volando, mi bien... ¡Mas desdichada!
No vengas, no, que tu amoroso esfuerzo
no bastará contra poder tan grande,
y sin fruto los dos nos perderémos:
mas vale al cabo perecer yo sola.

ESCENA V.

Matilde, y Oren disfrazado con el trage de un soldado.

Oren. ¡Matilde!
Mat. ¡Ay Dios, él es!
Oren. Al fin te encuentro

tras de tanto afanar.

Mat. ¡Ó vida mia!
¡dónde te arrastra tu delirio ciego!
¿Cómo pudiste penetrar seguro
á esta mansion de horror y de tormentos?
Tú vienes á morir.

Oren. ¿Y qué es la muerte,
si en tu defensa y á tu vista muero?
¡Ah, Matilde! tu pecho no comprehende
la triste agitacion, el desconsuelo
que al encontrarme sin tu dulce vista
sobre este ansioso corazon cayéron.
Llegó la hora, del amor guiado
corrí en sus alas á tus ojos bellos,
y el puesto solitario me recibe.
Perdóname: culpable aquel momento
te contemplé y lloré: corro á tu alvergue,
y le hallo en armas y soldados lleno,
tu padre huido: en tan fatal conflicto
pregunto, me responden, el secreto
nadie me da de la fatal violencia;
y yo á purarle presuroso vuelo.
Perdóname otra vez: harto he sufrido
en escuchar mis ponzoñosos zelos,
en sospechar que la ambicion pudiera
lanzar á amor de tu inocente pecho.

La entrada á este castillo me abre el oro,
y yo por él frenético corriendo
te encuentro al fin, y á tu presencia olvido
mi mortífera duda y mis tormentos.

Mat. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha,
indigna tanto de los dos, al trueno
que repentinamente en nuestro daño
lanzó irritado el enemigo cielo?
Tú quizá en tu furor me maldecias;
y yo postrada ante el tirano fiero,
despreciando su orgullo y su opulencia,
juraba á voces tu cariño eterno...
Pero tú no lo dudas... ¡Ay Fernando!
Sálvate al punto: tu morir es cierto
si te halla el Duque; á mi dolor no añadas
el dolor de mirarte en tanto riesgo,
y aun tu muerte quizá. ¡Si tú suspiras
á qué aspiran sus pérfidos deseos!...
Mas no rezeles: ¿sin tu amor, qué valen
su pompa toda y su insolente imperio?

Oren. ¿Con que robarte á mí quiere ese tigre?

Mat. Sí, mi bien.

Oren. ¡Ó furor!

Mat. En tanto el tiempo
corre, y con él, acaso la esperanza
de poderte salvar. Huye: si el cielo

alas con que volar á mí me diera;
¡ó quál tendiera fugitiva el vuelo
léjos de esta prision triste y horrenda!
Mas no es posible huir, ni hay otro medio
que resistir, sufrir; y si la muerte
llega, morir.

Oren. No al congojoso miedo
te abandones así, voy á salvarte.

Mat. ¿Cómo es posible á su poder inmenso
contrarrestar? ¿No sientes la distancia,
que injusta y fiera la fortuna ha puesto
entre tu humilde condicion, Fernando,
y el tirano que atroz manda Viseo?

Oren. No hay tanta, no...

ESCENA VI.

Dichos, Enrique, Asán, Aly y guardias.
Á sus guardias ántes de entrar.

Enriq. Corred: prendedle al punto;
que no pueda escapar.
Al verle entrar.

Mat. ¡Ó Dios eterno!
Él es, él es: ¡ay tristes de nosotros!
Los guardias rodean á Oren.

Enriq. ¡Insensato! sin duda el justo cielo,
Á Oren.
por castigar tu atrevimiento loco,
aquí te traxo delirante y ciego.
¿Quién eres? ¡Mas qué dudo! el miserable
que seduce á esta simple en sus afectos,
y que en engaños pérfidos envuelve
su tierna edad y su inocente pecho.
Oren. Sí: yo soy: no quien debe á los engaños
de su apacible amor el bien inmenso:
mi fé llamó su fé sencilla y pura,
su llama dulce se encendió en mi fuego.
Enriq. Haz cuenta que esa llama es en tu daño
un espantoso inapagable incendio
que te va á devorar; tiembla: ¿conoces
en mí el rival de tu infeliz deseo?
Oren. Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
piensas que al verme en tu presencia tiemblo;
y tu poder frenético me inspira
solo abominacion y menosprecio.
Yo temblar! ¿Pues, tirano, soy acaso
quien la ha arrancado del hogar paterno;
soy el que aspira á conseguir cariños
de un corazon con la violencia opreso?

Tu bárbara injusticia tiemble sola;
no yo que á tí tan superior me veo.
Aquí en tu alcázar, á tus mismos ojos,
de tus viles satélites enmedio,
y de tu furia entera amenazado,
triunfando estoy de tí; ¿no lo estás viendo?
Ella me ama: á nuestros dulces votos
mirándote presente á tu despecho
allá dentro de tí mi suerte envidias,
y yo la tuya sin cesar detesto.

Á Oren.

Mat. ¡Ah! ¿qué haces infeliz? vé, que te pierdes:

Á Enrique.

y vos, señor, en vuestro noble pecho
recordad vuestra sangre, y no á mancharos...

Á Matilde. *Á Oren.*

Enriq. Quítate... ¿Tú quién eres? en el seno
de tu fortuna humilde no se crian
una arrogancia y ademan tan fieros;
dilo: no guardes á exhalar tu vida
al rigor de los hórridos tormentos
que te prepáro.

Oren. Á vista del peligro
jamas mi nombre se miró encubierto:
tiembla tú ahora: igual á tí en blasones

es el Conde de Oren el que estás viendo.

Mat. ¡Cómo! ¡tú á mí!...

Oren. Tan inocente engaño,
mi bien, perdóname: yo de tu afecto
quise deber el don á mi amor solo,
no á la vana opulencia que poseo.

Enriq. Pues bien: ni tu poder, ni tu opulencia,
ni el amor que te traxo aquí encubierto,
ni el amor que te tienen, y es tu gloria,
te librarán de mi rencor violento.
Aly, que hácia una torre del castillo
sea prontamente arrebatado y preso;
y que el Conde de Oren en ella aprenda
á respetar al Duque de Viseo.

Aly, con una parte de los guardias, hace ademan de asir á Oren.

Oren. ¡Bárbaro! en insultarme y oprimirme
quando me ves sin armas indefenso,
la ley de los cobardes has seguido,
no la prez ni el honor de caballero.
Si digno fueras de tu noble sangre,
si digno de tu nombre; en campo abierto
la dama á tu rival disputarias,
blandiendo airado el generoso acero.
¿Escuchas al valor?... Mas los crueles
siempre cobardes y menguados fuéron

responde; tu igual soy.
Enriq. Tu fin entónces,
sin ser por el combate ménos cierto,
mas bello y mas espléndido sería.
Tú has entrado en mi alcázar encubierto,
y á fuer de un miserable disfrazado:
yo no conozco así á los caballeros.
Muere, pues, como un vil, obscuramente.
Llevadle.
Arrojándose á los guardias que le arrebatan.
Mat. Á mí con él, ministros fieros,
tambien llevad. ¿Qué haceis?
Ellos la rechazan, y se llevan á Oren.

ESCENA VII.

Matilde, Enrique y Asán.

Mat. ¡Triste Matilde!
¿Y vos, decid quién sois? ni qué derecho
pueden dar vuestros títulos y nombres,
para oprimir tan rencoroso y ciego
dos almas inocentes, que vivian
venturosas, señor, sin conoceros.
Enriq. No mas mi enojo á provocar te atrevas:
mira tus esperanzas ya en el suelo:

tu amante prisionero, encadenado,
de mi enojo ó clemencia está supenso.
¿Qué esperas de él? ¿Riquezas? son mayores
las que á mí lado gozarás viviendo.
¿Gloria, poder? ¿Quién competir conmigo
pudo jamas del portugues imperio
sino su Rey?

Mat. ¡Perezca el desdichado
que á tan triste ambicion da sus deseos!
¿La gloria y el poder? nunca mis ojos
hasta este instante por mi mal los viéron;
y en este instante tan fatal los miro
de desgracias y crímenes cubiertos.

Enriq. ¿Y qué? el Conde de Oren...

Mat. Es mi Fernando:
y su virtud, su generoso aliento,
mas hermosos que el oro y los honores,
nunca, nunca, señor, se desmintiéron.
Como tal le conozco, y tal le adoro;
como tal siempre le amaré.

Enriq. ¡Funesto
y vano amor!... Asán, llévala donde
léjos del Conde, y de mi vista léjos
contemple su destino, y se decida
entre su elevacion ó su escarmiento.

Asán y los guardias se llevan á Matilde.

ESCENA VIII.

Enrique solo.

Enriq. Sin duda estoy vendido por los mios:
¿pues cómo Oren intrépido aquí dentro
osára penetrar, sino tuviera
quien ayudára el loco atrevimiento?
¿Quién de estos miserables?... ¡Desdichado,
si por su mal á descubrirle acierto!
Atayde... Aly... Asán... Pero no hay duda,
Atayde es el traidor, es el perverso
que me vende... ¿No es él el que me dixo,
con una voz que semejaba trueno:
ella no os puede amar... Y si es Atayde,
¡en qué peligro tan atroz me veo!
Él fué ministro de mis iras ciegas,
y en él depositados mis secretos,
su aleve boca revelarlos puede.
Muera pues... ¿aun mas muertes? ¿altos
cielos,
por qué de amor el frenesí me arrastra
por tan extraño y hórrido sendero?
Vuelve en Matilde á revivir Teodora,
y vuelve á sacudirme al mar revuelto
de crímenes y sangre en que vogaba

por su infausta hermosura en otro tiempo.
Mas pues así lo decretó el destino,
así sea.

ESCENA IX.

Aly y Enrique.

Aly. Señor, ya en duros hierros,
vuestro altivo rival yace oprimido:
y yo veloz á vuestra vista vengo,
á saber qué mandais.
Enriq. En esta noche
haz que beba la muerte en un veneno
el alevoso Atayde que me vende:
tú, si quieres vivir, guarda silencio.
Vase.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Matilde sola.

Mat. Todo reposa: ¡ó Dios! ¿cómo es posible
que aquestos tigres descansados duerman,
y que solo el silencio se interrumpa
por el triste gemir de la inocencia?
Mi fiel amante y yo velamos solos:
y nuestras quejas míseras se estrellan
de este horroroso alvergue en las murallas,
quando á encontrarse desaladas vuelan.
Ayer al tiempo de cubrir la noche
el universo entero en sus tinieblas,
quando al sueño llamaba á los mortales,
yo me dixe tranquila y satisfecha:
feliz hoy fuiste y lo serás mañana.
El sueño luego en mi apacible idea,
los objetos queridos de mi pecho
pintaba en sus imágenes risueñas...
¡Qué diferencia! el venidero dia
será mas triste que hoy... ¿Pero quién llega?
Viendo á Atayde.

ESCENA II.

Matilde y Atayde.

Mat. Atayde, ¿qué buscais? ¿de esta infelice
qué vais á hacer?
Atay. Señora, no te pierdas,
ni me pierdas: contempla que tu suerte
de mí depende, y tu inquietud sosiega.
Mat. ¿Mas qué quieren decir este misterio,
esta hora de silencio, esta secreta
venida?
Atay. La venida es de un amigo,
que arrepentido á vuestros pies se acerca,
que su perdon implora, y que oprimido
es de remordimiento y de vergüenza.
Mat. Atayde, ¿vos mi amigo!
Atay. Sí señora:
y en fé de que lo soy, sabed que abierta
la torre por mí ha sido á vuestro amante,
que libre al fin de su prision se encuentra.
Mat. ¡Libre Oren!... ¡es verdad! ¡Ah! no lo
creo:
¿qué te he hecho yo, para que así pretendas
probar mi resistencia, y agoviarme
al falso gozo de tan dulce nueva?

Si sois mi amigo, si Fernando es libre;
¿por qué no lo estoy yo? ¿por qué esta horrenda
cárcel escucha los suspiros mios,
quando á su lado respirar debiera?
Atay. Libre os veréis tambien: pero es preciso
que mi servicio y lágrimas os deban
alcanzar mi perdon de aquel cautivo,
que tanto tiempo en servidumbre pena.
Mat. ¿Qué cautivo? ¿qué hablais? Yo no os entiendo.
Atay. ¡Ay señora! escuchad. Desde su tierna
infancia siempre he acompado á Enrique,
y de todos sus gustos y sus penas
depositario y confidente solo
he sido por gran tiempo: él en la negra
envidia, que abrigó contra su hermano,
bebió el veneno que su pecho encierra.
El cielo en el nacer le hizo segundo,
y la segura y alta preferencia,
que por su gran carácter Eduardo
logró siempre en la paz, siempre en la guerra,
para el perverso y envidioso Enrique,
perene fuente de tormento era.
Rivales en amor: ambos ardian

por Teodora Moniz. Su mano bella
fué de Eduardo, y el furioso Enrique
vió despreciada su pasion violenta.
En mengua tal sacrificar su hermano,
á su venganza despechado intenta,
y que despues la miserable viuda
su mano entregue al opresor por fuerza.
Yo fuí iniciado en el fatal secreto:
el halago, el obsequio, las promesas,
las amenazas...¡ Dios! ¿Qué no hizo Enrique
porque ministro de sus iras fuera?...
Señora, él me seduxo.

Mat. ¡Desdichado!

Atay. No fuí el solo yo. Quando de Ceuta
la venturosa expedicion lograda,
en paz al fin se reposó la tierra;
él de Africa traxo esos dos negros,
cuya intrépida y bárbara obediencia,
á todos sus delitos exêcrables,
pudo allanar la miserable senda.
Ellos y yo, señora, le seguimos
á este mismo castillo en que la escena
desventurada fué, donde de alcayde
me dió la autoridad por recompensa.
Mas no manché mis manos en la sangre:
el mismo Enrique fué, quien de su ciega,

de su violenta cólera arrastrado
hundió en el seno fraternal su diestra.
Iba el golpe á doblar, quando Teodora
volando de su esposo á la defensa,
lanzóse enmedio, y del feroz cuchillo
al rigor implacable cayó muerta.
Mat. ¡Qué horror!
Atay. Enrique al contemplar tendidos
sus dos hermanos, con el alma llena
de improviso pavor, huyó á otra estancia.
Mas luego al fin cobrado, atroz ordena,
que la familia toda de Eduardo
sacrificada á sus furores sea.
Asán y Aly los degolláron todos.
Violante misma, la inocente prenda
del amor de los tristes, ya cortado
miraba el hilo de su vida tierna
por la espada de Aly: yo la dí vida.
Señora, reparad en la ligera
señal que aun dura en vuestro hermoso cuello;
y al fin sin duda entenderéis por ella,
quien debe el ser á la infeliz Teodora.
Viol. ¡Yo Violante! ¡gran Dios!
Atay. A la heredera
del poderoso Duque de Viseo

el nombre de Matilde, y de Pereyra,
la tranquila mansion diéron asilo.
El vuestro padre ha sido: y si secreta
no pudo ser á sus expertos ojos
del jóven Conde la pasion sincera,
él la miró como feliz camino
de restaurar vuestra fortuna excelsa
que Enrique destruyó.

Viol. ¡Monstruo inhumano!
He aquí la causa del horror bien cierta,
que de solo mirarle yo sentia,
del negro fratricida á la presencia
naturaleza toda se alteraba;
y era mi madre que con voz secreta
me gritaba: aborrece á mi verdugo.
¡Qué no os debo yo, Atayde! Y vuestra
lengua
el perdon de su error de mí imploraba;
pluguiese al cielo que premiar pudiera...

Atay. Escuchadme hasta el fin: yo no merezco
sino horror y piedad. De la tragedia
el último el teatro abanbonaba,
quando unos ayes desmayados llegan
á mis oídos, que en sus ecos tristes
mi ansioso pecho de dolor penetran.
Vuelvo á atender y oir: era Eduardo

que en su palpitacion aun daba muestras...
Viol. ¡Ah, bárbaro! ¿y tu mano sanguinaria
ahogó en su vida la postrer centella?
Atay. De su muerte infeliz no soy culpable:
sí de su esclavitud. Yo á las secretas
bovedas le llevé de este castillo
ántes que del desmayo en sí volviera.
Allí su herida reparé, y él vive.
Viol. ¡Vive mi padre!
Atay. Vive: si exîstencia
puede llamarse tan funesta vida,
entre la noche y el horror envuelta.
Quando volvió en sí el triste, ya amarrado
halló su cuerpo á la fatal cadena,
con que oprimido por tan largo tiempo
de su perdida libertad se queja.
Doce años ha que al mísero Eduardo
de voz humana ni aun los ecos llegan.
Viol. ¡Eterno Dios! ¡ó crímenes! ¡ó dia!
¡dia de revelacion! Yo en mis querellas
mi desventura denunciaba al cielo,
quando mi padre... Atayde, ¡qué incle-
mencia
en ese pecho de metal abrigas!
¿Cómo así pudo tu piedad primera
en un rigor tan bárbaro trocarse?

¡cruel!

Atay. Tal es mi crímen; yo en defensa
de la inconstancia y del furor de Enrique
quise que de Eduardo me sirviera
la vida. Esta política exêcrable
es mi delito: pero al fin á ella
vuestro padre debeis y vuestra vida.
¿Tanta inhumanidad, tanta dureza
podrán hallar perdon?

Viol. Tú has sido, Atayde,
bien culpable y cruel: pero haz que vuelva
mi triste padre á mis amantes brazos;
que vuelva libre, y perdonado quedas.

Atay. Antes de todo es fuerza... ¿Mas qué veo
Aquí los negros bárbaros se acercan:
y si me hallan con vos, todo es perdido.

Huye precipitado

ESCENA III.

Violante, y los dos negros.

Viol. Huye, y en esta confusion me dexa,
sin saber qué he de hacer.

Asán. De vuestra estancia,
que no salgais jamas el Duque ordena;

y á nuestro zelo y vigilancia encarga,
que sus puertas á nadie abrirse puedan:
retiraos.

Viol. Ministros de un tirano,
¡ó! ¡si hundirme en el centro de la tierra
pudiese yo, donde mis ojos tristes
nunca de veros el horror sufrieran!

Vase por el lado opuesto de donde salió Atayde.

Aly. En parte alguna le encontramos.. ¿Dónde
se ocultará? ¿qué harémos?

Asán. La violenta
órden executar que te dió el Duque:
buscar á Atayde, y que al instante muera.

Aly. ¡Mísero Atayde! su amistad antigua
no debió recibir tal recompensa:
el fué siempre del Duque el compañero.

Asán. ¿Y eso qué importa? Busca en las tinieblas
la claridad, abrigo en las heladas,
y la seguridad en las tormentas,
ántes que gratitud de un Européo.

Aly. Si eso es verdad, Asán, ¿por qué te empeñas
del Duque en merecer la confianza?
Tu boca siempre bárbara y funesta

su natural ferocidad inflama,
y si él piensa un horror á otro le lleva.
¿En él qué puedes apreciar?
Asán. Sus vicios:
ellos son los que amable le presentan
á mí sañudo espíritu; por ellos
mi vengativo corazon recrea.
Su furor, su crueldad son el azote
de quantos blancos por su mal le cercan;
y yo me gozo en las terribles plagas,
de que su atroz iniquidad se ceba.
Los blancos de mi patria me arrancáron;
ellos á mi valor diéron cadenas,
y del respeto en vez que allí gozaba,
aquí soy vil objeto de vergüenza.
¿Quál es el blanco que buscó de un negro
jamas de la amistad la union estrecha?
¿Y qué muger no escucha horrorizada
de su infeliz amor las tristes pruebas?
Patria, esposa, familia, amores, todo,
todo lo tuve... ¡ó Dios! Una hora adversa,
de todo me privó. No, no es posible
que aquel instante á mi memoria venga,
sin que toda esta raza de hombres duros
con ódio interminable yo aborrezca;
ni me es posible contemplar mis males,

sin que los suyos mis delicias sean!
Piensas que yo amo á Enrique: ¡ó quál te
engañas!
Amo en él esa bárbara fiereza,
verdugo de sí mismo y de los otros,
que llena mi venganza toda entera:
amo el devorador remordimiento
que le desgarra, quando ansioso piensa
en el abismo de tormentos fieros
con que la horrenda eternidad le espera.
Ser el ministro yo de tantos males,
¿con quién sino con él lograr pudiera?
¿Por quién sino por él de tantos blancos,
el despecho gozar y amargas quejas?

Aly. Pero entretanto, víctimas nosotros
somos tambien. Yo, Asán, de esta caberna
pienso escapar; mi corazon no puede
sufrir mas el horror que le presentan
tantos delitos: ni la infamia odiosa
de ser su executor.

Asán. Yo miéntras pueda
con Enrique hacer mal, seré de Enrique:
mas si él se abate, ó si los cielos cesan
de sufrirle; ya entónces...

Enriq. Socorredme. *Dentro.*

ESCENA IV.

Dichos, y Enrique que sale despavorido y sin sentido.

Enriq. Socorredme: ¿lo veis? ellos me aquejan.
¿No los veis? ¡qué rigor!... librarme de ellos.
Se dexa caer en los brazos de Aly.
Aly ¿Qué es esto, Asán? Repara cómo tiembla:
quál los ojos revuelve y se estremece.
Le sientan eu un sofá.
Asán. Hablad, señor, hablad.
Volviendo en sí, y reparando en ellos.
Enriq. ¿Qué voz es esta?
¿eres tú, Asán? ¿tú Aly? ¿con que no ha sido
mas que una sombra en mi engañosa idéa?
¿un sueño? ¿Mis oídos no escucháron
las palabras horrorisonas que aun truenan
acá en mi mente?... Asán, el mas terrible
suplicio, un lecho de deleytes fuera
comparado al horror que yo he sufrido.
Aly. Pero volved en vos, y la funesta
causa de tanta agitacion, patente
á vuestros fieles servidores sea.

Enriq. Escuchad, pues, ministros de mis crímenes:
escuchad y temblad. Era la hora
en que mis tristes miembros fatigados
del sueño hallaban la quietud sabrosa:
por las lóbregas bóvedas vagando
estar me pareció, donde reposan
de mis grandes abuelos las cenizas,
baxo el mármol de honor que las agovia.
sus fúnebres emblemas me arredraban,
quando á lo léjos entre aquellas sombras
diviso una muger, que en dulce agrado
á sí me llama, y mi atencion provoca.
Pienso ver á Matilde en la que veo:
y en aquel punto con ardor se arrojan
mis presurosos pasos á alcanzarla,
á estrecharla mis manos venturosas.
Pero al momento de abrazarla... ¡ó cielos!
Su florida beldad se descolora,
y de una herida que su pecho afea
en copioso raudal la sangre brota.
Mírola entónces mas atento, y era
Teodora, Asán.
Asán. ¡Qué horror!
Enriq. Era Teodora:
con aquel ademan, aquel semblante

que fixos hondamente en mi memoria
su fin desventurado me presentan,
y desgarran mi pecho á todas horas.
Al fin volvemos para siempre á unirnos,
con eco sepulcral dixo su boca,
para siempre. Mis brazos cariñosos
van á galardonar tu amor ahora:
ven, y estrecharme en tu ardoroso seno
al cabo lograrás: ya soy tu esposa.
Mas contempla primero lo que hiciste,
y qual me puso tu fiereza loca.
Sus ojos de sus orbitas saltáron,
todos sus miembros, sus facciones todas
en esto se disipan; y en la imágen
de un esqueleto fétido se torna.
Los Negros. Cielos, ¡qué espanto!
Enriq. Entre sus brazos secos
ella me apremia, y con furor me ahoga,
me infesta con su aliento, y me atormenta
con su halago y caricias horrorosas.
No mas, ¡ay Dios! no mas, ante sus plantas,
digo, cayendo exânime: perdona,
espíritu cruel: ¡cómo es posible
que tal rencor los túmulos escondan!
Huye entónces la sombra, y quando pienso
libre mirarme, retumbar las losas

y desquiciarse los sepulcros siento,
y en fuego hervir sus cavidades hondas.
Y de la llama al resplandor sombrío
sus frentes los cadáveres asoman
diciendo: ¡fratricida! entre nosotros
baxa; y el premio de tus obras goza.
La fuerza del horror sacudió el sueño:
pero mis sufrimientos, mis congojas,
ni entenderlas jamas podréis vosotros,
ni explicarlas jamas podrá mi boca.

Aly. Perdonadme, señor: ved que ese sueño
que aflige vuestra mente, es un aviso
que los cielos os dan, y que os convida
á que pongais un término al delito:
acordaos que esta noche el triste Atayde...

Enriq. ¿Murió Atayde? decídmelo.

Aly. Ahora mismo
le buscaba á este fin.

Enriq. Gracias al cielo
que así de un crímen aliviar me miro.
Atayde viva, amigos: que su muerte
no se escriba en el libro del destino,
y á mi condenacion tambien no sirva.

Aly. Si este instante es de gracia, no en
[illegible] olvido [illegible]
dexeis á Oren: mandad que libre sea;

y si amais vuestra paz, tambien consigo
lleve á Matilde.
Enriq. Calla: ántes la muerte,
que consentir tan triste sacrificio.
¡Matilde! ¡ó cómo á su apacible nombre
halla mi ansiosa agitacion su alivio,
y la serenidad vuelve á mi pecho!
Mañana será mia, si respiro...
Si respiro: ¿y lo dudo? ¡Ah! para siempre
nos volvemos á unir, la sombra dixo.
Salid de mí, palabras espantosas.
Asán, guarda mi amor: si algun peligro
Asán se vá.
le amaga, vuela á mí... Que yo entretanto
veré si el sueño recobrar consigo.
Sígueme, Aly: tus cuidadosos ojos
en tu triste señor siempre estén fixos.
Si palpitante y trémulo me adviertes;
si salir de mi pecho hondos suspiros;
si mis cabellos erizarse miras,
y correr por mi frente un sudor frio;
despiértame al instante, que otro sueño
sufrir no quiero.

ESCENA V.

Dichos y Asán.

Asán. Atayde os ha vendido:
las puertas de la torre su perfidia
ha abierto á Oren; y léjos del castillo,
ya de vuestro poder viéndose libres
se preparan tal vez á combatiros.
Enriq. Cielos... ¡con que en mis labios infelices
el nombre de perdon jamas se ha oído
hasta esta vez; y al pronunciarle ahora,
pronuncio yo mi ruina y mi exterminio!
¡Vive Dios! ¿Y Matilde?
Asán, Está en su estancia.
Enriq. Hazla venir, Aly. *Aly se va.*

ESCENA VI.

Enrique y Asán.

Enriq. Por ella envio,
y tiemblo de que venga... En este dia
pensé yo, Asán, que mi cruel martirio
debiese fenecer, y á cada instante

el riesgo se acrecienta y el conflicto.
Ese pérfido Atayde me abandona,
y todo Portugal será instruido
por su labio traidor de mis furores:
y todo Portugal alzará el grito,
y quizá con Oren volverá en breve
á arruinar mi usurpado poderío.
¿Mas qué importan sus esfuerzos locos?
¿No soy yo Duque de Viseo?... Amigo,
sin este ardor frenético, terrible,
que manda qual tirano en mis sentidos,
¿qué pudiera temer? Mas él me agovia:
Matilde vence, su desden esquivo
que me hace ver en ella otra Teodora,
y su cariño á Oren... ¡fatal cariño!
¡con el que afortunado yo sería!
Aconséjame, Asán: ¿algun camino
en tanto afan no habrá?
Asán. Le hay, mas terible.
Enriq. ¿Y quál es?
Asán. ¿No nació en vuestros dominios
Matilde?
Enriq. Sí.
Asán. De vida y muerte en ella,
decid: ¿no es vuestro el gran derecho?
Enriq. Es mio.

Asán ¿Quién puede osar contrarrestarle?
Enriq. Nadie.
Asán Pues antes que dé el sol su nuevo giro,
que arrastrada al altar...
Enriq. ¿Y si resiste,
Asán. Si resiste, que muera.
Enriq. ¿Y yo asesino
dos veces he de ser de la que adoro?
Asán ¿Y sufriréis dos veces que el destino,
á despecho de vos y á vuestros ojos,
se la entregue á un rival favorecido?
¿No vale mas vengarse, y presentarle
de su adorada amante el cuerpo frio,
y escarneciendo su dolor decirle:
ni tú, ni yo?
Enriq. Sí, Asán: consejo es digno
de tí, de mí: mi corazon le aprueba.
Mas ya viene: ¿la ves?... ¡Oh quál palpito!
Retírate.

Los dos Esclavos se retiran.

ESCENA VII.

Violante y Enrique.

Viol. Aquí estoy: ¿tiene ese pecho

nuevos horrores que añadir al mio?

Aparte.

Enriq. ¡Qué lenguage! Matilde, pues amarte
con aqueste furor me hizo el destino,
que nada basta á apaciguar la llama,
que tu infausta beldad en mí ha encendido;
ceder es fuerza al ansia que me guia.
Tu amante de un traidor favorecido
pudo á su cárcel quebrantar las puertas,
y escapar á mi enojo y poderío.
Mas si su libertad salva así mira,
no mirará su amor; y ya es preciso
que al despuntar el dia, en los altares
tu mano y corazon se juren mios.
Este momento á prepararte tienes:
ni ya á tardar ni á replicar arbitrio
te queda.

Viol. Antes los cielos desplomados
caigan y muestren su furor conmigo,
que tan horrendo y bárbaro himenéo
jamas pueda mi pecho consentirlo.
¡Yo tu esposa! ¡gran Dios¡ ¿Sabes quién
eres?
¿Sabes quién soy, tirano?

Enriq. Y es preciso,
Matilde, consentir.

Viol. ¿Mas qué contento,
bárbaro en violentar un alvedrío
puedes hallar? ¿Qué amores, qué esperanzas
una víctima darte? Eterno abrigo
de ódio y desolacion su triste pecho
fuera siempre en tu daño.
Enriq. Y es preciso
resolverte, Matilde.
Viol. ¡Ah! yo lo haria,
mas solo para ser cruel ministro
de la venganza que te debe el cielo,
y mi mano prestar á tu castigo.
Yo atravesára tu exêcrable pecho,
y bañada en tu sangre... ¿Mas qué digo?
La doblez, la perfidia, los engaños
jamas dentro de mí tendrán su asilo:
esas artes son tuyas.
Enriq. ¡Qué palabras!
Dime: ¿quién penetrarte así ha podido
de tan nuevo furor?
Viol. El conocerte.
Enriq. Pues bien, nada te puede al furor mio
ya libertar: conóceme, mas cede:
ó tu mano, ó tu muerte.
Viol. Ya he elegido:
no digo unirme á tí, tu vista sola

es mil veces mas hórrido suplicio
para mí, que la muerte y que el infierno:
dime, ¿qué fuera mi vivir contigo?
un abismo de horror. Tú me infestáras
con ese aliento pestilente, impío,
que te anega en maldad, y que violento
te arrastra de un delito á otro delito.
Pero tiembla: tal vez la hora sonando
está de la venganza y del castigo.

Enriq. ¡Insensata esperanza! tú confias
en el valor de Oren: ¿qué es él conmigo?
Podrá vengarte al fin, no socorrerte.
Aly, Guardias, Asán, pronto.

ESCENA VIII.

Dichos, los Esclavos y los Guardias.

Enriq. Al suplicio,
llevad á esa infeliz. No hay otro medio,
Asán, que la crueldad: ella el cuchillo
clava en su seno, que en su atroz dureza
al mismo tiempo clavará en el mio.
Perezca: ella lo quiere.

Viol. ¡Atroz verdugo!
¿Por qué ese corazon de un foragido

vacila ahora, y á cumplir se niega
conmigo sola su fatal destino?
Anima a su exêcrable ministerio
ese acero feroz; y que teñido
en mi sangre infeliz tambien se vea,
como en la de otros míseros lo ha sido.
Ven, llega, hiere: acaba con el resto
de tu triste familia, el brazo mismo
que asesinó á la madre, hunda á la hija
en los horrores del sepulcro frio.
Enriq. ¡Asán! ¿Qué dice?
Viol. Sábelo: si un dia
puede el remordimiento en altos gritos
la muralla romper del duro bronce,
con que tu pecho atroz has defendido,
que mi sangre y mi nombre entonces sean
de venganza y de horror fieros ministros,
y tu suplicio bárbaro acrecienten
en tu agitado corazon escritos:
Violante soy: la hija de Eduardo.
¿Ves esta herida, que en el cuello mio
uno de tus verdugos inclementes
con brazo incierto y vacilante hizo?
Aly. ¡Ella es, señor, sin duda!
Viol. ¿En qué te paras?
Sáciate, monstruo.

Enriq. Por piedad, amigos,
ese objeto de escándalo y horrores
quitad al punto de los ojos mios.
Llevadla.

Aly. ¿A dónde?

Enriq. Arrebatadla, hundidla
debaxo de las torres del castillo.
Muera allí.

Aly con una parte de los Guardias se lleva á Violante.

¡Vil Atayde!... Preparaos *Á Asán y Guard.*
á defenderme, ó á morir conmigo:
los muros recorred del alto alcázar,
y que el débil poder de mi enemigo,
si aquí intenta insultarme, aquí se estrelle.
¡Ah! ¡si así defenderme al negro abismo
pudiese del terror en que se mira
mi desdichado corazon sumido!

ACTO TERCERO.

La escena representa un sùbterráneo obscuro, con varias galerías. Eduardo rodeado de cadenas, reclinado sobre un poyo, á un lado poco distante de una puerta que hay en el fondo. Algunas paredes medio arruinadas se ven de una parte y otra. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

ESCENA PRIMERA.

Eduar. ¡Quándo será que término á mis males
al fin señale favorable el sueño,
y á nunca despertar yo me adormezca?
El viene á regalar por un momento
mis tristes penas; y á mayor conflicto,
si él se sacude y me abandona, vuelvo.
¡O qué halagüeñas son sus ilusiones!
Pero despues en mi prision me encuentro,
donde de luz y libertad las voces
ni aun pronunciar en esperanza puedo.
Mas de una vez las lágrimas del triste
por estas manos enxugarse viéron;
mas de una vez de su fatal cadena

me vió el cautivo aligerar el peso.
A nadie hice gemir : nunca de nadie
ahogué la libertad... ¡O Dios eterno!
¡Y tú en tu santa rectitud permites
la dura esclavitud en que me veo!

Oyese en esto el ruido de la barra que asegura la puerta.

Mas ruido se oye ; y el instante llega
de que venga mi duro carcelero
el sustento á traer , con que mi vida
se prolonga , y prolongan mis tormentos.
¿Con qué presteza tan cruel escapa,
como si de una sierpe alvergue horrendo
fuera aquesta prision!

En esto la puerta empieza á abrirse , y comienza á verse luz.

¡Mas luz en ella!
¡Qué repentina novedad? ¡ó cielos!

ESCENA II.

Aly con una antorcha en una mano, y en la otra un puñal: Violante detras, y Eduardo.

Viol. ¿Es este el sitio lóbrego y horrible,
que teatro ha de ser al fin sangriento
de mi vida infeliz? Habla.
Aly. Señora,
él es.
Viol ¡Cielos piadosos! á lo ménos
haced que encuentre á mi angustiado padre
ántes que llegue mi postrer momento:
aquí tal vez el mísero suspira,
aquí tal vez sus lastimados ecos
bañados de dolor al cielo acusan
tan mísero y prolixo cautiverio.
Si al ménos una vez entre mis brazos
pudiese yo estrecharle, si en su seno
reclinada exclamar: ¡ó padre mio!
reconoce á tu hija en el acervo
destino que la sigue.
Eduard. ¡Desdichada!
Llama á su padre: ¿si aherrojado y preso
se verá como yo?

Viol. Si tus entrañas *A Aly.*
se abren de la piedad al sentimiento,
tenla de esta infeliz; y ántes que entregue
al filo agudo su infelice pecho,
de este anchuroso y silencioso alvergue
dexa á mis pasos recorrer los senos,
dexa á mi vista registrarlos todos.

Aparte.

Aly. ¡Quién dar pudiera á su afliccion consuelo!
Señora, perdonad á un vil esclavo,
que forzado á cumplir el duro imperio
de su airado señor, apénas puede
allá en su corazon compadeceros.
Léjos de mí la bárbara dureza
que otro pusiera en tan fatal empleo:
mirad mi compasion en mi semblante,
que un tigre yo no soy por ser un negro.
Aun contemplar la agitacion terrible,
aun escuchar los temerosos ecos
del Duque me parece, y la sentencia
que tronó de su labio al conoceros.
Vanamente el amor por vos le hablaba:
él al rencor abandonó su pecho,
de su antiguo enemigo al ver la hija,
y sangre y muerte pronunció su acento.

¿Mas por qué no cedeis? Una palabra
que le deis de esperanza á su amor ciego,
una sola palabra apaga el rayo
que sobre vuestra frente está suspenso.
Ceded, señora.

Viol. ¡Bárbaro! ¿y te atreves
á darme á mí tan pérfidos consejos?
Es esta tu piedad? Calla: y al punto
llena tu abominable ministerio;
aníma al golpe la homicida mano,
y el cuchillo cruel: he aquí mi seno.

Aly. Que su muerte y su mal caygan sobre ella.
Preparaos.

Miéntras Aly arrima la antorcha á la pared, Violante se pone de rodillas, y exclama.

Viol. Tus ojos desde el cielo,
madre ya venturosa, ácia mí vuelve,
y recibe mi espíritu.

Aly. Yo tiemblo.

Antes de que llegue á Violante, exclama Eduardo.

Eduard. ¿Qué vas á hacer, verdugo? estos lugares
al horror consagrados y al silencio,
no á profanarlos tu rigor se atreva

con la sangre inocente.

Acercándose y reconociendo á Eduardo.

Aly. ¡Ay Dios! ¿Qué veo?
¿Quién me socorre? ¡es Eduardo!

Huye despavorido.

ESCENA III.

Violante y Eduardo.

Oyendo el nombre de Eduardo, corre precipitada á él, y lo abraza.

Viol. ¡O padre!
¡padre de mis entrañas! ¡con que puedo
abrazaros al fin!

Eduard. ¿Qué es lo que dices?
¡Tu padre yo! ¿Sabes quién soy? ¡O cielos?
Ella delira.

Viol. ¡Ah! no dudeis: mis ojos
la dulce prueba de que el ser os debo,
os dan en estas lagrimas que os bañan,
y que de gozo y de ternura vierto.
La mano á un tiempo dura y piadosa,
que nos salvó de los puñales fieros,
nos reservó á este encuentro inesperado,
para acaso otra vez en él perdernos.

Reconocedme: ved en mí la sangre
de vuestra sangre, ved cómo los cielos
de vuestra dulce y celestial Teodora
en mí la viva semejanza han hecho.

Eduard. ¡O momento de gloria! ¡ó semejanza!
Ni la inefable agitacion que siento,
ni el placer que me inunda en su dulzura,
ni las caras facciones que en tí veo
me permiten dudar: ven, hija mia,
ven y reposa en el paterno seno.

Los dos. ¡O inefable placer! *Abrazándose.*

Eduard. ¡Dios de clemencia!
Tú que me diste un corazon de acero,
bastante á resistir las negras plagas
que sobre mí tan si piedad cayéron;
dame tambien un corazon que pueda
sufrir la inmensidad de este contento.
¡Hija mia!

Viol. ¡En qué estado miserable,
en qué penosa situacion te encuentro,
señor! ¿Aquí sumido, atormentado
con el peso fatal de aquestos hierros,
de tan horrendo sitio respirando
el ayre pestilente y el veneno?
¡Ah! dexad que mis manos oficiosas

de esta cadena atroz sufran el peso;
y ménos oprimido con su carga,
siquiera respirad libre un momento.

Eduard. Pocos instantes ha la sentí rota:
que el hierro cede á la impresion del tiempo.
Solo el destino atroz que me persigue,
ni desmentirse, ni ceder le siento.
¡Esta debilidad!...

Viol. Alzaos.

Se levantan los dos, y empiezan á andar por el teatro.

Eduard. Violante,
en vano animo mi cansado esfuerzo;
mis flacos pies á caminar se niegan,
y el paso incierto gobernar no puedo.

Viol. Que mis hombros y brazos juveniles
sean vuestro apoyo, sosteneos en ellos:
venid conmigo, y en aquestas ruinas
podreis cobrar el fatigado aliento.

Apoyado Eduardo en Violante atraviesan el teatro, y se sientan sobre las ruinas de una pared.

Eduard. ¿Mas dime dónde estoy? ¿Cómo viniste
á tan triste lugar? ¿quál el suceso
fatal ha sido, que en el trance duro

de que mi voz te libertó te ha puesto.
Viol. Señor, ¿no conoceis en mi infortunio
ese astro de furor, triste y sangriento
que nos persigue? El bárbaro verdugo
que á tí te asesinó, que hundió en el pecho
de mi madre infeliz la cruda espada,
persigue en mí los miserables restos
de la infausta beldad, que en sus entrañas
pudo soplar tan horroroso incendio.
Su vista sola estremecer me hacia:
y él viendo su frenético deseo
desechado por mí, mandó que al punto
fuese arrastrada al subterráneo ciego
de este castillo, y su furor vengase,
dando al cuchillo el desdeñoso cuello.
Eduard. ¿Es posible que el cáliz de amargura,
que á mi vida infeliz presenta el cielo,
tenga aun mas heces que apurar!... Violante,
quando asaltado del aleve acero,
por manos de un hermano á quien yo amaba,
me ví en las sombras de la muerte envuelto;
¡qué dulce era el morir!... volví á la vida,
mas para verme encadenado y preso
en este vasto y lúgubre sepulcro,

perdida yà la sangre y el aliento.
Llamé á voces la muerte: los gemidos
estas inmensas bóvedas oyéron;
y el eco de dolor, que los doblaba,
redoblaba el espanto á su silencio.
Un ser desconocido y piadoso
curó mi herida, y me alargó el sustento,
diciendo: *vive, espera*: mas su labio
jamas despues se desplegó á mi anhelo.
En tanta soledad y desamparo
la afligida atencion volví á mi pecho,
y hallándole inocente, al cielo clamo:
¿en qué, pues, merecí lo que padezco?
Yo no sé: mas entónces, de repente,
una nueva virtud sentí aquí dentro,
una fuerza, que igual á mis destinos,
basta sola á contrastar con ellos.
Crécía el mal, y mi valor crecía
á par que su violencia... ¡Ah! ¡si los
cielos
contemplan esta lucha formidable,
los cielos de Eduardo estan contentos!...
Viol. ¡Yo, señor, me esrremezco!
Eduard. Algunas veces
tú y tu madre, presentes á mis sueños,
consolábais mi afan: ¡ó Dios piadoso,

y tras tanta ilusion, tras tanto tiempo,
mi adorada Violante al fin me envias!
Abrázame otra vez: este consuelo
no puede arrebatarnos el tirano.
Nuestros suspiros cuenten los momentos;
y unidas nuestras lágrimas, nos bañen
en ternura y dolor á un mismo tiempo.

Viol. Mas los instantes vuelan, padre mio,
y de vuestra exîstencia el gran secreto,
sabido ya del exêcrable Enrique,
aviva mas nuestro inminente riesgo.
No tardará en venir acompañado
de su ódio y su furor. ¿No habrá remedio?
¿No se halla en estas lóbregas mansiones
salida alguna á que arribar logrémos?

Eduard. Si este es el fuerte en que el feroz Enrique
puso en execucion su atroz intento;
una puerta ha de haber; mas tan lejana,
que mis débiles pies no se atreviéron,
á buscarla, en el punto que rompidos
sentí los eslabones de estos hierros.
Sostenme tú, hija mia: acaso ahora
se duele ya de nuestro afan el cielo,
y que escapémos juntos nos permite.

Empiezan á andar por el teatro, y se siente ruido á los léjos como de gente que baxa.

Viol. Señor, ¿no sentís ruido?

Eduard. Sí le siento. *El ruido se acrecienta.*

Viol. ¡Ay! ¿quién nos salvará? ¡Ya á devorarnos
se precipita el tigre!

Eduard. No tu esfuerzo
desmaye así, Violante: ¿ántes de ahora
no arrostrabas la muerte con aliento?

Viol. ¡Ah! que la muerte entónces á mí sola
amagaba, señor: mas yo os entrego
á la rabia feroz de vuestro hermano,
yo la ocasion de haberos descubierto
he sido; y tal desgracia, tal peligro,
ni contemplarlos, ni sufrirlos puedo.

Eduard. Ven, y en aqueste fúnebre recinto
algun arbitrio á nuestro bien busquémos.
Si el cielo nos le niega, al fin muramos:
que ménos triste, y doloroso ménos,
es de una vez el fenecer la vida,
que ser cautivos, y exîstir sufriendo.

A este punto las gentes y luces se van acercando por la misma puerta por donde salió Alv. duardo y Violante se retiran por un lado del teatro.

ESCENA IV.

Enrique, Asán y Guardias.

Al tiempo de entrar se detiene; pasa la puerta y vuelve á detenerse.

Enriq. Ya penetré: las puertas de este alvergue
con voces de terror me rechazaban;
y entregado á sus lóbregos horrores
mi ansioso corazon tiembla y se espanta.
Pero es mas fuerte mi rencor: sigamos.
Pasa adelante, y repara en el poyo donde estaba Eduardo.
Asán, él no está aquí: mira la cama,
la triste cama en que por tantos años
su cuerpo entre cadenas descansaba.
Y en ella, ¡ay Dios! en ella, aunque de piedra,
sobre él el sueño desplegó sus alas
con mas dulzura que los miembros mios
le halláron nunca entre las plumas blandas.
¿Qué os deteneis amigos? derramaos
por esas vastas bóvedas: que salgan
los fugitivos á mi vista al punto.

¿Me entendeis? Mi poder, mi vida y fama
todo peligra, todo, si Eduardo
logra escapar á mi cruel venganza.

Asán y los Guardias se entran por el subterráneo.

ESCENA V.

Intenta seguirlos, y se retrae como espantado.

Enr. Quiero andar, y no puedo: ¡ah! ¿quién tan debil
hace mi corazon? ¿quién de mis plantas
la fuerza apoca?... Es el fatal delito,
sin duda, el que me sigue y me acobarda.
¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por qué ahora,
para acabarle de cumplir, me falta?...
Estas piedras heridas tantas veces
con sus gemidos que aun por ellas vagan,
á mi atronado y espantado oído
con acentos de horror parece que hablan...
¡Fratricida!... ¡O qué voz? ¿son los espectros
que en mi sueño entendí los que así claman?...

¿De dónde esos cadáveres horribles?...
¿Quién salpica de sangre estas murallas?...
¿Comienza ya mi infierno?... ¡ó cómo
tiemblo!
¡de mi ultrajado hermano las miradas
quál caerán sobre mí! ¡cómo su pecho
al ver á su opresor va á arder en saña!...
Y yo trémulo ante él, con voz incierta
la sentencia fatal que le amenaza
pronunciaré, sin que Eduardo tiemble.
El será el juez, yo el reo; y la alta palma
de triunfar sobre mí, siempre los cielos
en vida, en muerte le darán... ¡ó rabia!

ESCENA VI.

Asán y Enrique.

Asán. Señor, en esas bóvedas obscuras,
perdidos y perdida la esperanza
de poderlos hallar, ya hácia este sitio
pensábamos volver; quando bien claras
unas palabras de repente oímos
con llanto interrumpidas y plegarias.
Huye, hija mia, huye; yo lo ruego,
yo te lo mando: tu ligera planta

podrá escapar tal vez al gran peligro,
que en su ciego furor á ambos amaga.
Yo no puedo seguirte, y si tardamos
morirémos los dos. Ella lloraba,
mas ella huyó, y obedeció el mandato.
Corrímos: Eduardo se adelanta
á recibirnos, y con frente altiva,
donde la magestad se vé pintada,
aquí teneis á quien buscais, nos dixo:
llevadme al punto á donde Enrique os manda.
Los guardias le cercáron y le traen;
yo adelantéme.

Enriq. Asán, por piedad, anda,
vuela si es tiempo, y ántes que mi vista
sufra el horror de su presencia infausta;
que espire...

ESCENA VII.

Dichos, y Eduardo enmedio de los Guardias.

Eduard. ¡O Dios! condúelete de un padre,
tiende de tu poder las grandes alas
sobre aquella infeliz.

Enriq. Ya está presente:

¡Ah! ¡que la tierra ante sus pies no se abra!
Eduard. Heme aquí, Enrique: tus feroces
ojos
tiemblan de hallar los mios, y se baxan.
Mírame al fin, desconocido hermano,
mira á qué trance me arrastró tu rabía,
y al contemplar los dolorosos males
que amontonaste sobre mí, tu alma,
digno de su maldad, goce un deleyte.
Asesinado con tu misma espada,
y por tu propia mano; sepultado
en esta horrible y cabernosa estancia,
macerando mis miembros las cadenas
que al salvarme á tú cólera inhumana
cargó en mí la piedad ó la inclemencia;
y quando al fin de esclavitud tan larga
en este sitio de dolor te veo,
cercado enmedio de tus fieros guardias,
conozco bien lo que esperar me queda.
Enriq. Dices bien: no te resta otra esperanza
ya que la de morir: eterno objeto
para mí de rencor, de envidia y rabia;
¿qué otro don que la muerte y exterminio
de mi terrible corazon buscáras?
Muere, Eduardo: á mi pesar aun vives:
el vil traidor, que te ocultó á mi saña,

no te librará ya: la tumba sola,
la tumba es la fortísima muralla,
que entre nuestras discordias haber debe.
Muere: tu vista me atormenta y mata,
qual si fuera un suplicio.

Eduard. Yo lo creo:
siempre la atroz ingratitud se espanta,
si el ofendido bienhechor la mira.
Dos veces de la muerte que ya alzaba
la mano sobre tí, libré tu vida:
tú dos veces, cruel, me la arrebatas.
Yo compasivo contemplarte puedo,
quando me ofendes y feroz me amagas;
miéntras que tú sin palpitar no aciertas
á echar en mí tus hórridas miradas.
Acaba, pues: ni tu piedad espero,
ni la imploro tampoco; así en tí haya
igual valor á executar mi muerte,
como yo tengo en recibirla.

Enriq. Basta:
soldados, arrastradle; y que al instante
enmedio de esas lúgubres moradas,
léjos de mí fenezca: yo no quiero
verle espirar.

En el punto de arrastrarle los Guardias sale Violante á detenerlos.

ESCENA VIII.

Dichos y Violante.

Viol. Ministros de venganza,
deteneos: sabed que él es mi padre,
ved que es vuestro señor.
Eduard. ¡O desdichada!
¡Así te obstinas en morir conmigo!
Arrodillándose delante de Enrique.
Viol. ¿Tú, Enrique, aun quieres mas? mira á tus plantas
la hija de Eduardo y de Teodora:
¿no bastan, dime, á tu furor, no bastan
tantos años de angustia y cautiverio,
sin que un segundo parricidio vayas
á cometer? Tu imperio está seguro:
si ambicion de poder tu pecho arrastra,
manda en Viseo, y que Eduardo obscuro
viva conmigo en un rincon de España.
¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! si aun tu enojo
en sed de sangre y de dolor se abrasa;
aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,
y en ellos solos tu furor apaga.
Á los Guardias.

Enriq. Aguardad... ¡Que no pueda el pecho mio
resistir la impresion de sus palabras!
Oye, Eduardo: el único camino
de ser nuestras discordias acabadas,
en tu arbitrio está ya.

Eduard. ¿Quál es?

Enriq. Que al punto
me consagre Violante ante las aras
la ternura y la fé, que indignamente
el venturoso Oren tiene usurpadas.
Tu vida es á este precio.

Viol. ¡O vil verdugo! *Levantándose.*

Eduard. ¡Y aquesto, Enrique, de Eduardo aguardas!
¡Violante tuya, su inocente mano
enlazada á esa mano sanguinaria!
¡y es tal tu ciega atrocidad que esperas
á mis tormentos añadir la infamia,
y el incesto al horror!... ¡O tú, hija mia!

Viol. ¡Señor!

Eduard. Ven, y en mis brazos estrechada
jura eterno rencor al monstruo horrible.
Arrojándose hácia él, y abrazándole.

Viol. Yo, señor, se lo juro: aunque se caigan
los cielos con furor sobre nosotros.

Enriq. Soldados, de sus brazos arrancadla.
Viol. ¡O! no podrán.

ESCENA IX.

Dichos y Aly.

Aly. Señor, poneos en salvo:
ya con su gente Oren tiene forzadas
las murallas y puertas del castillo:
el fugitivo Atayde le acompaña;
y en voces altas y expresion terrible,
que respira Eduardo á todos clama.
Al nombre de Eduardo se suspenden,
y sin defensa la anchurosa entrada
abren á Oren, y con su gente unidos
todos hácia estas bóvedas se lanzan.
Viol. ¡O cielos! ¡socorrednos!
Enriq. ¿Si el destino *Aparte.*
mandará ya pesar en su balanza
mi suerte irrevocable?... Mas si fieles
vosotros sois, aun conjurar la infausta
nube podrémos, que de sangre y ruina
armada viene, y nuestra frente amaga.
Cercad esas dos víctimas; su vida
mas que su perdicion ahora nos valga.

Tú, Asán, presto á mi voz hunde en su seno,
sin detenerte, la homicida espada.
Todos así pereceremos. *A Eduardo.*

Los Soldados rodean á los dos, y Asán se colocará junto á ellos con la espada desnuda.

ESCENA X.

Dichos, Oren, Atayde y Soldados.

Oren. ¿Dónde,
ni quién podrá esconderte á la venganza
que mi encendida cólera fulmina,
ya sobre tí, vil asesino?

Enriq. Calla,
detente, mira, si á mover te atreves
un paso mas la presurosa planta,
mueren los dos.

Deteniendo á Oren.

Atay. Señor, ya la violencia
es aquí por demas, pues que su rabia
ha encontrado el camino á defenderse
con el riesgo de vidas tan sagradas:

Á Eduardo.

no las perdais... Y vos á quien mis ojos

no osan volver sus tímidas miradas,
vos que años tantos de prision tan dura
debeis, señor, á mi inclemencia ingrata;
dignaos que en este trance tan terrible,
yo á vuestra salvacion la senda os abra.
Una sola palabra en vuestro nombre,
permitidme que dé, y está embotada
la cuchilla cruel, con que ese monstruo
amaga vuestras míseras gargantas.
¿Puedo darla, señor?

Eduard. Yo la permito:
mas libre de baldon, pura de infamia.

Dice esto adelantándose un poco, y mirando á Asán.

Atay. Sí lo será. Yo en nombre de Eduardo,
prometo á Asán su libertad, su patria,
si las vidas sagradas que ahora ofende,
con generoso aliento las ampara.
Elija Asán, entre quedar tendido
en esta triste y desigual batalla
con el verdugo bárbaro á quien sirve;
ó ir á buscar en su nativa playa
la dulce esposa, los amados hijos,
y en sus abrazos recrear su alma.
¿Lo escuchaste?

Enriq. ¡Ay Asán!

Despues de una pausa.

Asán. Ya está elegido:
salir de esclavitud... ver á mi patria...
mis cariños gozar... tú eres un blanco:
Se vuelve á Eduardo, y le coge la mano.
¿puede un negro fiar en tu palabra?
Eduard. ¿Por qué lo dudas, bárbaro?
Diciendo esto coge á Eduardo y Violante, y los entrega á Oren.
Asán. Sed libres.
Enriq. ¡Pese á mi infame suerte!
Asán. Ya acabadas *Á Enrique.*
estan tu usurpacion y tiranía;
húndete en el infierno que te aguarda.
Enriq. ¡Con que traidores todos!
Asán. ¿Y qué has sido
tú?
Coge una espada de las manos de un soldado y la da á Enrique.
Oren. ¿Mas qué aguardo ya?... Toma esa espada,
que ofender un contrario desarmado
mi generoso aliento desdeñára.
Defiéndete.
Interponiéndose.
Eduard. Teneos: ingrato Enrique,
quando mas fiera tu exêcrable saña

irritaba tu brazo, y tu cuchillo
á Violante y á mí nos amagaba;
no quise recordarte el ser tu hremano,
ni abatirme al dolor y á las plegarias:
mas ahora, miserable, que te veo
agonizando entre tu misma rabia,
y que con ciega confusion resuelves
la muerte, la prision, las tristes ansias,
el insufrible horror que en mí cargaste;
yo no puedo olvidar que en las entrañas
donde yo tuve el ser, el ser tuviste,
ni olvidar el amor de nuestra infancia.
Escucha: tras tus crímenes no hay medio
de darte la amistad, la confianza
de un hermano: mas vive; el pecho mio
gustar no puede tan atroz venganza.

Oren. ¿Cómo? ¿y ofensas tantas sin castigo
quedarán?

Viol. Sí, que viva, y que su alma, *Á Oren.*
si es capaz de virtud, en vos aprenda
á adorarla, señor. *Á Eduardo.*

Enriq. Esto faltaba:
este oprobio cruel que me confunde,
y mi encendido pecho despedaza.
¡Yo deberte la vida!... No, Eduardo,
no me la des: si acaso la aceptára,

llegára un tiempo en que beber tu sangre
para saciar mi furia aun no bastára.
¿No te lo dixe ya? La tumba sola
puede á nuestras discordias ser muralla.
¿Vida de tí?... Ni aun muerte.

Se hiere él mismo, y cae.

Viol. ¡Desdichado!
Su rencorosa condicion le acaba.

Volviendo en sí, y con voz desmayada.

Enriq. Aly, tú solo aquí no me has vendido...
Tal vez mi muerte compasion te causa;
sácame tú de aquí... llevame á donde
sin que lo pueda ver, rinda yo el alma.

Espira.

FIN.

APÉNDICE.

RASGOS Y TROZOS TRÁGICOS,

QUE SE HALLAN EN EL DRAMA INGLÉS INTITULADO *EL ESPECTRO DEL CASTILLO*, TRADUCIDOS DEL EXTRACTO QUE SE HALLA EN EL NÚMERO 61 DE LA BIBLIOTECA BRITÁNICA.

Osmundo.

Ahora la copa del placer se acerca á mis labios, ¡y yo la desecharía! No... Desde el instante espantoso en que me manché con la sangre de aquel que me amaba, y que hundí el puñal en el corazon de la que yo adoraba, ninguna hermosura ha lisonejado mi vista, ni acento ninguno mis oídos. Angela sola ha encontrado el secreto de agradarme. Privado de la que amaba furioso, puesto en la tortura de un deseo que no podia satisfacer, he sufrido los tormentos mas crueles, y mi corazon no ha conocido sino la agitacion de la angustia, y el remordimiento de un crimen inútil, &c.

Osm. ¿Y qué? ¿serías insensible á la magnificencia? Estos ricos vestidos, estos muebles exquisitos, este aparato de grandeza...

Ang. Él deslumbra mis ojos: pero no llena mi corazon, y yo daría todos los diamantes que adornan mi cabeza por una flor sola de las guirnaldas que mi Eduardo me hacia.

Osm. ¡Ó furor!

Ang. ¡Ah, qué feliz era yo!... Quando por la noche me dormia, me decia á mí misma: hoy has sido feliz, mañana lo serás tambien, y mi sueño tranquilo me representaba los objetos de mi cariño.

Osm. Escucha, Angela: uno de los mas poderosos varones de la isla te ama, tu mano está destinada á él; y es preciso que le reserves tu corazon.

Ang. Mi corazon es de Eduardo.

Osm. ¡Eduardo! ¡un pobre aldeano!

Aug. Mi Eduardo es pobre; pero su corazon es noble.

Osm. ¡Ó rabia!

Ang. Estos sentimientos, decís vos, son poco dignos de mi clase: faltándole á la palabra es como yo me envileciera: Eduar-

do ha recibido mi fé...

Osm. ¡Infeliz! tú abusas de mi paciencia.

Ang. ¡Ah señor! qué miradas me echais: permitid que me retire.

Osm. ¡Detente, Angela! yo te amo.

Ang. ¡Señor!

Osm. Yo te amo con furor: mi pecho es una hoguera de fuego; y yo muero si este fuego no se apaga en tus brazos: no intentes escaparte: escúchame: yo te ofrezco mi mano; si la aceptas, señora de mis vastos y ricos dominios, pasarás tu vida en los honores, y la felicidad: pero si desprecias la oferta que te hago, obtendré por la violencia...

Ang. ¡La violencia! ¡Ah! no: semejante infamia no se hizo para vos.

Osm. Piénselo bien, Angela: tú estás en mi poder.

Ang. Y esto es lo que hace mi seguridad: si teneis un alma generosa, vos me protegeréis, Osmundo, porque soy débil y abandonada: yo imploro á vuestras plantas la compasion que se debe á los infelices, &c.

Los dos Esclavos.

Assam. ¡Agradecimiento en un Europé

Busca la constancia en las tormentas, el calor en los hielos, la obscuridad en el sol, ántes que gratitud en un Européo.

Saib. Si eso es así, ¿por qué á Osmundo? ¿qué estimas en él?

Assam. Sus vicios. ¿Y qué causa mas legítima de inclinacion á su persona podría yo tener? ¿No estoy condenado al desprecio, y á la infamia? Yo era libre, y ya soy esclavo. Yo era amado, ¡y ahora soy un objeto aborrecible y asqueroso! ¿Dónde está el blanco que no desdeñe altivamente la amistad de un negro? ¿Dónde está la muger que no desprecie las pruebas de su cariño? Pues allá en mi pais mi amistad lograba amistad, y mi amor era pagado con amor. Yo tenia padres, hijos y una muger... ¡Ó pensamiento cruel! un instante me ha privado de todo... ¿Puedo acordarme de lo pasado, sin aborrecer la raza de los blancos? ¿Puedo pensar en el mal que me han hecho, y no regocijarme de sus males? ¡Tú crees que amo á Osmundo, yo le detesto! Pero me complazco contemplando en él el espíritu maligno enviado por el cielo para atormentar los hom-

bres: me agrada verle llenar su exêcrable oficio con sus semejantes, verlos sufrir por él en este mundo; y echar la agradable idéa de que él sufrirá en el otro por el mal que les ha hecho.

Saib. Pero nosotros somos del número de los que atormenta: yo estoy resuelto á huir de la caberna del leon, y á buscar algun otro amo que...

Desde dentro.

Osm. ¡Socorro! ¡socorro!

Entra en la escena.

Osm. Salvadme, salvadme: ellos me persiguen, defendedme.

Saib. ¿Qué es esto? Mira cómo tiembla, cómo se estremece, cómo vuelve los ojos.

Assam. Señor mio, hablad, ¿no nos conoceis?

Osm. ¡Ah! ¿qué voz?... ¿Eres tú Assam? ¿y tú tambien Saib? ¿Por fortuna no sería mas que un sueño?... No escuché yo aquellas palabras espantosas que resuenan todavía en mis oídos?... Assam, Assam, el suplicio del fuego y el de la rueda deben ser una delicia comparados con lo que yo

he sufrido. Escuchadme y temblad, ó vosotros que fuisteis los instrumentos de mis crímenes: creía yo andar por las bóvedas sombrías donde reposan las cenizas de mis mayores. El aspecto de los sepulcros me inspiraba terror, y los emblemas que los cubren me hacían volver la vista; quando de repente la figura de una muger se aparece delante de mí. Era Angela, que sonriéndose me hacía señas de que me acercase. Corro al instante, y abro los brazos para cogerla: ¡pero ó prodigio espantoso! Sus facciones se ajan y se alteran: un raudal dn sangre brota de su seno: era Evelina...

Assam y Saib. ¡Ah cielos!

Osm. Era Evelina... Tal como la ví espirando á mis pies, quando mi mano desesperada la dió el fatal golpe. Nosotros volvemos á encontrarnos, dixo ella con una voz sepulcral, recibe mis abrazos; pero contempla tu obra: mira lo que hiciste de mí. Ven, estréchame contra tu seno, ya eres mi esposo, y no nos separémos jamas. Miéntras que articulaba estas palabras, su rostro se seca, sus miembros se corrom-

pen, sus carnes se separan de los huesos, sus ojos salen de sus orbitas, y se convierte en un asqueroso esqueleto.

Saib. ¡Horror, horror!

Osm. Ella me apremia en sus brazos, me infesta con su aliento, y me fuerza á recibir sus hediondas caricias... Despues repentinamente las paredes de las catatumbas se cubren de llamas azúladas, los sepulcros se hienden; y saliendo de ellos los espectros á bandadas, me amenazan, me cercan, y danzando al rededor de mí, rechinando los dientes, y arrojando gritos terribles: bien venido seas, fratricida, exclamaban todos, bien venido seas entre nosotros. El horror rompió el sueño, yo escapé pidiendo socorro: pero lo que he sufrido, lo que he sentido, ninguna lengua puede explicarlo.

Saib. Señor, ese no es sueño vano, es un aviso del cielo, es vuestro Angel Custodio que os grita: *Osmundo, arrepiéntete, y no cometas nuevos crímenes.* Acordaos, señor mio, que Kenric en esta noche...

Osm. ¡Kenric! Habla, ¿tomó el veneno?

Saib. Yo siguiendo vuestras órdenes se le he presentado; pero la copa se vertió ántes de beberle.

Osm. Gracias al cielo, que así me siento aligerado de un delito. Déxemos vivir á Kenric. ¿Qué puede suceder? ¿que me dexe y me venda? Pero no puede dar pruebas... ¡Angela! ¡ó! ¡cómo á este nombre amado renace el sosiego en mi alma!

Saib. Vos olvidais tambien que su corazon es de otro: ahora que es tiempo, restituidla á quien ama.

Osm. ¡Infeliz! Pídeme la vida. Mañana, si respiro, Angela será mia... ¿Si respiro ¿y por qué esta duda? Nosotros nos encontrarémos, dixo el Espectro. Salid de mi memoria, palabras horribles... Assam, yo te confio el cuidado de mi bien; vela, y corre á decirme si algun peligro nos amenaza. Yo vuelvo á ver si puedo conseguir dormirme: sígueme tú, Saib: ten los ojos abiertos sobre mí miéntras duermo. Si me ves agitado, trémulo; si adviertes que mis cabellos se erizan, y que el sudor cubre mi frente, cógeme, despiértame, porque no quiero tener mas sueños, &c.

Ang. ¿Qué quereis de mí, Kenric? ¿Qué buscais á esta hora de la noche?

Kenric. Si soy sentido, señora, soy perdido sin arbitrio, y vuestra suerte depende de la mia.

Ang. ¿Qué significa este misterio, y esta visita nocturna?

Kenric. Esta visita es de un amigo, de un hombre á quien su arrepentimiento trae á vos. Las llaves del castillo están en mi poder: yo quiero huir, y os libertaré de vuestro cautiverio poniéndoos en manos del Conde de Perey: pero ántes, señora, me habeis de ofrecer vuestra proteccion para con aquel que me debe diez y seis años de la prision mas dura.

Se pone de rodillas delante de ella.

Ang. Levantaos, Kenric: yo no os entiendo, ¿de qué cautivo hablais?

Kenric. Escuchad, señora, la extraordinaria relacion que voy á haceros. Yo me he criado con Osmundo, y he sido desde mi infancia el confidente de sus placeres y de sus penas. El las debe todas á sus zelos contra su hermano, cuyos derechos y pre-

ferencia envidiaba. Sin embargo ocultó su ódio hasta el momento en que Evelina Neville dió su corazon y su mano á Reginaldo: desde este momento el ódio de Osmundo no tuvo límites. El resolvió asesinar á su hermano quando volviese de la guerra de Escocia, y forzar á su viuda á entregarse á él. Dióme parte de su proyecto; empleó las lisonjas, las amenazas, las promesas... en fin me seduxo.

Ang. ¡Desdichado!

Kenric. Escuchadme hasta el fin. Yo le seguí en efecto al teatro de su crímen, pero no manché mis manos con la sangre. El mismo hirió á Reginaldo, y su puñal fué tambien el que alcanzó á Evelina al tiempo que ella queria apartar el golpe de su esposo.

Ang. ¡Ó horror! ¡horror!

Kenric. La esperanza de Osmundo burlada, su pasion se trocó en furor. El hizo la señal de muerte, y los que seguian á Reginaldo fuéron todos degollados. Yo pude sin embargo á fuerza de ruegos salvar su sobrina, niña de algunos meses, que su puñal habia herido ya en la garganta. Se-

ñora, vos teneis todavía esta señal.

Ang. ¡Yo, cielos! ¿qué decís?

Kenric. La verdad...

Ang. ¡El monstruo! ¡Ah! ¡he aquí por qué quando asía mi mano, mi sangre se helaba en las venas! la naturaleza se estremecia al acercarse el fratricida. Era el espiritu de mi madre, que me decia: ¡aborrece á mi asesino!... ¡Qué no os debo yo, Kenric! ¡y vos me pedís perdon de rodillas! Vos que...

Kenric. Deteneos, señora, suspended la expresion de un agradecimiento que no merezco. Escuchad lo que todavía tengo que deciros. Yo fuí el último que dexó aquel teatro de muerte: retirábame penetrado de horror quando oí un gemido: volví atrás, puse la mano sobre el corazon de Reginaldo, y palpitaba aun...

Ang. ¡Palpitaba aun!... ¡cruel!... y vuestra mano culpable...

Kenric. No: el quitarle la vida hubiera sido un bien para él: yo se la conservé, y le quité la libertad. Reflexîoné que si me aseguraba de la persona de Reginaldo, tendria sobre Osmundo un ascendiente

muy grande, y resolví salvarle. Llevé, pues, su cuerpo casi sin vida á una mansion desconocida por todos: á fuerza de cuidado logré curar sus heridas, y él vive todavía.

Ang. ¡Mi padre vive todavía!

Kenric. Vive, si es vida una exîstencia tan miserable. Antes que hubiese vuelto en sí, le encadené á la pared de su prision, y luego que sus heridas estuviéron curadas, no volví á parecer en el calabozo que le encierra. Le he llevado constantemente el alimento por una rejilla, que no le permitia verme. Quando imploraba la piedad de su carcelero cruel, yo me apresuraba á huir. Hace diez y seis años que Reginaldo no ha oído voz humana...

Ang. ¡Ah Dios! ¡Dios!

Kenric. Pero el momento de su libertad se acerca. He descubierto que Osmundo quiere quitarme la vida; y yo me abandono á vos, señora: interceded por mí con vuestro desgraciado padre. ¡Ay! ¿podrá jamas perdonar tanta inhumanidad?

Ang. ¡Ah, Kenric! Vos habeis sido bien culpable y cruel... pero volvedme mi pa-

dre, dadnos la libertad, y todo se os perdonará, &c.

Osmundo.

Las bóvedas, sobre las quales marcho ahora, han retumbado por diez y seis años con sus gemidos... Su corazon altivo va á llenarse de rabia á la vista de un hermano usurpador. ¡Ah! ¿De dónde vienen estas oleadas de sangre?... ¡Qué cuerpos mutilados son los que arrastran! ¡Fratricida!... ¡palabra espantosa! &c.

Reginaldo.

El viene (*el carcelero*) á traerme mi sustento, y luego se apresura á escapar, como si mi prision fuera la guarida de una sierpe... Mas de una vez he enxugado lágrimas, nunca las he hecho correr: mas de una vez he aligerado el peso de las cadenas del infeliz cautivo, jamas atenté á la libertad de nadie. ¿Y sin embargo yo lloro en este cautiverio? &c.

Ang. ¡Y así os encuentro, padre mio! ¡cargado de cadenas, privado de todo, respirando un ayre pestilencial!... &c.

Osm. ¡ Hele allí tendido sobre un lecho de pajas! El encuentra en ellas un descanso, que yo no puedo gozar sobre plumas.

Â Angela.

Regin. Jura en mis manos no ser suya.

Ang. Yo lo juro.

Osm. Separadlos.

Ang. No, no, ¡ jamas! &c.

FIN.

Concluida q

Las reclamac

San Pablo núm.

Libreria de